

## Marx and the example (on the limits of capitalist scientific rationality)

LUIS S. VILLACAÑAS DE CASTRO

Universitat de València

**RESUMEN.** Este artículo pretende explicar: 1) qué modelo de racionalidad científica (con qué exigencias y qué postulados) subyace a la comprensión capitalista de la economía; 2) por qué ese modelo resultaría insuficiente para gestionar la realidad económica que Marx descubre —un descubrimiento (el de Marx) que implicó, de forma coherente, aportaciones adicionales a ese esquema de racionalidad; y, por último, 3) por qué el psicoanálisis de Sigmund Freud ocuparía, respecto a la racionalidad científica capitalista, un lugar similar al de la aportación marxiana.

**Palabras clave:** Racionalidad científica, capitalismo, crisis, marxismo, psicoanálisis.

**ABSTRACT.** The following article aims at explaining 1) which exactly is the model of scientific rationality involved in the capitalist comprehension of economy; 2) why is this model deficient in managing the economic reality Marx discovered —a discovery (Marx's) that necessarily contributed new factors to the western model of scientific rationality; finally, 3) why may Sigmund Freud's psychoanalysis hold, vis-à-vis capitalist scientific rationality, a similar place to the one enjoyed by Marx's theory.

**Key words:** Scientific rationality, capitalism, crisis, Marxism, psychoanalysis.

### 1. Introducción

Este ensayo aborda la pregunta por la racionalidad o no racionalidad de lo que alguna vez se llamó la sociedad burguesa, a la que se propone evaluar en su totalidad. Nos interesa sobre todo preguntarnos, a este respecto, qué comprensión de la *racionalidad científica* posee el modo de producción capitalista (de qué manera la define, bajo qué postulados) y hasta qué punto es solidaria de los propios contenidos de su teoría económica. Se trata de dos temas relacionados, el de la racionalidad general y el de la racionalidad económica; el de las fronteras de la primera y las crisis (capitalistas) de la segunda. Queremos explicar, pues, en qué medida el modo de producción capitalista supuso un indudable avance sobre los otros modos de producción (un avance, como dice Weber, en la racionalización occidental, llevándola

hasta cotas no alcanzadas por otras civilizaciones: «Sólo en el occidente hay “ciencia” en aquella fase de su evolución que reconocemos actualmente como “válida”»<sup>1</sup>), pero también acerca de aquello que en el capitalismo funciona mal, y además lo hace en razón de los límites de su propia *ratio*. Por supuesto, plantear esto último implica, de suyo, una toma de posición dentro del debate sobre la racionalidad capitalista. Que los problemas de este modelo de sociedad no se deban a la distancia que media entre su *ser* y su *deber ser* (esto es, que no sean fallos contingentes que él mismo, recurriendo a su propia teoría, podría solucionar) sino que, al contrario, se trate de fallos que ya funcionan en su idea teórica (en su deber ser) y que, por lo tanto, seguirían estando presentes incluso si el capitalismo realizara su mejor posibilidad... todo esto significa que asumimos que existe un límite en la racionalidad capitalista. Tanto el marxismo como el psicoanálisis insisten en esta línea, precisamente cuando defienden que hay ciertas zonas oscuras en los postulados que la sociedad capitalista en su conjunto asume como punto de partida.

Ahora bien, si queremos comprender verdaderamente la índole de esta discusión, hemos de insistir en el hecho de que el marxismo y el psicoanálisis entienden esta insuficiencia teórica de la sociedad burguesa como un obstáculo en el avance de la cientificidad. Esto es, lo específico del marxismo y del psicoanálisis radica en que su discusión acerca de la racionalidad o la no-racionalidad del capitalismo equivale siempre al problema de los criterios adecuados para hacer ciencia. Se trata de algo exclusivo de ellos, que sirve para distinguir sus críticas de las que sobre el capitalismo vierte cualquier visión *tradicionalista* del mundo: nacionalista, religiosa, comunitaria, etc. Pues si escuchamos cuidadosamente lo que estas últimas quieren decir, nos percatamos de que la censura que dirigen a la economía de mercado se hace acompañar de la férrea demanda (no siempre explícita) de que sus respectivos fundamentos nacionales, religiosos, éticos, etc., primen sobre aquello que de científico tiene el capitalismo<sup>2</sup>. A veces, tratan de hacer pasar sus principios tradicionales por científicos (en el caso del racismo o de ciertos nacionalismos, por ejemplo, cuando aspiran a justificarse desde la biología), aunque no es lo habitual. Antes bien, en la mayoría de ocasiones, llegado un punto no tienen reparo alguno en declararse abiertamente anti-científicas. Así, critican al capitalismo por ser demasiado científico, mientras que el marxismo y el psicoanálisis lo valoran solamente en la medida en que lo es, y lo critican por-

<sup>1</sup> Max Weber, *Ensayos sobre sociología de la religión*, trad. cast. de José Almaraz y Julio Cabaña, Taurus, Buenos Aires/México D.F./Santafé de Bogotá, 1998 [*Gesammelte Aufsätze zur Religionssoziologie*, J.C.B. Mohr (Paul Siebeck), Tübingen, 1978, Band I], p. 1/11.

<sup>2</sup> Cfr., por ejemplo, Max Weber, *Ensayos sobre sociología de la religión* (I. La ética protestante y el espíritu del capitalismo, I, 1), *op. cit.*, p. 49/43: «El adversario, pues, con el que en primer término necesitó luchar el “espíritu” del capitalismo —en el sentido de un nuevo estilo de vida sujeto a ciertas normas, sometido a una “ética” determinada— fue aquella especie de sensibilidad y de conducta que se puede designar como *tradicionalismo*».

que *no lo es suficientemente*. Marxismo y psicoanálisis quieren más ciencia de la que la sociedad capitalista puede ofrecer, y justifican sus propios aportes novedosos en la medida en que sus descubrimientos significarían un progreso en la racionalidad científica occidental. Aunque no puedo detenerme en este asunto, este hecho depende de que comprenden al sujeto, al objeto de estudio (la sociedad) y sus relaciones de una manera completamente diversas de lo que lo hace la racionalidad científica capitalista.

## 2. La racionalidad científica capitalista

2.1. Este primer punto habrá dado lugar a toda una serie de preguntas que necesitan ser resueltas. La más importante de ellas, por ejemplo, interroga por la manera en la que el capitalismo es científico, cuestión previa a la de en qué medida no lo es, y en qué sentido. Tratemos de ofrecer una respuesta. Que el modo de producción capitalista tiende lazos con la ciencia (que es científico, que comparte con ella ciertos contenidos y una misma metodología) es algo aceptado por el marxismo, si bien de inmediato alerta de que este solapamiento sólo es válido hasta cierto punto. De lo contrario no tendría que ser superado, ni como sistema económico ni como sociedad, ni tampoco en su propia cientificidad. Una primera aproximación a este asunto consistiría en decir que el capitalismo es científico en el sentido en que lo es toda economía, pues necesariamente implica una práctica análoga al método experimental. Esta afinidad alude a una convergencia de contenidos, pero sobre todo de metodología. El argumento es el siguiente: igual que la investigación científica de un laboratorio, la economía no puede prescindir del contacto con, y de la manipulación de, la materialidad de las cosas. Cualquier proceso de producción que merezca ser llamado *económico* (dentro del modo de producción capitalista, o de cualquier otro) implica de alguna manera el fin de fabricar objetos que logren satisfacer una función particular, y en relación con alguna necesidad social (en esto consiste un *valor de uso*<sup>3</sup>). Y va de suyo que, si tal

---

<sup>3</sup> Karl Marx, *El capital* (Libro I-Tomo I, Sección 1, Capítulo 1, §1), trad. cast. de Vicente Romano García, Akal, Madrid, 2007, 8 volúmenes [Karl Marx, *Das Kapital*, Bd. I, en Karl Marx & Friedrich Engels, *Werke*, Band 23, Erster Abschnitt, Dietz Verlag, Berlin/DDR, 1968; Karl Marx & Friedrich Engels (ed.), *Das Kapital. Kritik der politischen Ökonomie (Zweite Band, Buch II. Der Zirkulationsprozess des Kapitals)*, Dietz Verlag, Berlin, 1970; Karl Marx & Friedrich Engels (ed.), *Das Kapital, Kritik der politischen Ökonomie (Dritter Band, Buch III, Der Gesamtprozess der kapitalistischen Produktion)*, Dietz Verlag, Berlin/DDR 1983], p. 56/50: «La utilidad de una cosa hace de ella un valor de uso [...]. El valor de uso se realiza únicamente en el uso o en el consumo. Los valores de uso constituyen el contenido material de la riqueza, cualquiera que sea su forma social».

Resulta muy interesante contrastar la descripción marxiana de la que hace Max Weber del *bien económico* al inicio de su *Historia económica general*, cuando, tras decir de una actividad que es económica «cuando está orientada a procurar “utilidades” (bienes y servicios) deseables, o las probabilidades de disposición sobre las mismas», en una nota a pie de página subra-

cosa ha de ser posible, entonces uno tendrá que disponer de un conocimiento verdadero de la propia materialidad que aspira a transformar según cierto cálculo y para satisfacer ciertas previsiones. De lo contrario el valor de uso no estaría a la altura de su función, no tendría utilidad; la teoría que habría guiado su fabricación fracasaría entonces al ponerse a prueba *en la práctica*, evidenciándose con ello que era falsa. Por el contrario, cualquier valor de uso que es consumido tal y como se esperaba testimonia, en sí mismo, la efectividad de unas ideas verdaderas.

No nos extraña, por lo tanto, que para la tradición marxista la economía fuese en primer lugar una *práctica* (pues modificaba la realidad material <sup>4</sup>), y en segundo lugar una práctica social que se relacionaba con la *práctica científica*. Se vinculaba con ella hasta el punto de que ambas serían la misma cosa en el futurible estadio sin clases del régimen socialista. Si sus respectivas esferas eran ya difícilmente diferenciables en la sociedad burguesa —«La industria es la relación real, histórica de la naturaleza, y por lo tanto de las ciencias naturales, con el hombre» <sup>5</sup>; «en la medida en que la indus-

---

ya lo siguiente: «Lo que importa en todo caso no es un “bien real”, como tal bien, sino su posibilidad de utilización como fuerza de tracción, de choque, de resistencia, etc. Las prestaciones utilitarias son siempre prestaciones singulares: en este sentido no es objeto de la economía el “caballo” como tal, sino simplemente sus peculiares prestaciones utilitarias», Max Weber *Historia económica general* (Nociones Previas), trad. cast. de Manuel Sánchez Sarto, Fondo de Cultura Económica, México D. F., 1974, p. 3 (nota 1).

<sup>4</sup> Ofrecemos a continuación una pequeña muestra de citas relacionadas con este contexto: Mao Tse Tung, «¿De dónde provienen las ideas correctas?», en *Tesis filosóficas*. trad. cast. de Ediciones en Lenguas Extranjeras (Pekín), Ediciones Roca, México D. F., 1975, p. 155: «¿De dónde provienen las ideas correctas? ¿Acaso caen del cielo? No. ¿Residen en la mente de forma innata? No. Proviene de la práctica social, y de ella solamente; provienen de tres tipos de práctica social, la lucha por la producción, la lucha de clases y la experimentación científica». También, cfr. Mao Tse Tung, «La práctica», *op. cit.*, p. 13: «La práctica social del hombre es el único criterio de la verdad de su conocimiento del mundo exterior. Efectivamente, el conocimiento del hombre queda confirmado sólo cuando éste logra los resultados esperados en el proceso de la práctica social (producción material, lucha de clases o experimentación científica)». Cfr., también el tratamiento que Althusser ofrece del concepto de *práctica* en su ensayo «Sobre la dialéctica materialista (de la desigualdad de los orígenes)», en el libro *La revolución teórica de Marx*, trad. cast. de Marta Harnecker, Siglo XXI, México D. F., 1971 [«Sur le dialectique materialiste (De l'inégalité des origines)», *Pour Marx*, La Découverte, París, 2005], pp. 136-7/167-8. Y finalmente, desde el lado soviético, cfr. B. M. Bogulavsky, *ABC of Dialectical and Historical Materialism* (Dialectical Materialism, Chapter 2, §4), traducido al inglés desde el ruso por Lenina Ilitskaya, Progreso, Moscú, 1978, p. 75: «A la actividad del hombre a través de la cual cambia el mundo exterior, i.e., la naturaleza y la sociedad, la llamamos *práctica*. La práctica implica influir a la naturaleza para lograr sustento (trabajo, producción); influir a otras personas (actividad pública o social), e influir a la naturaleza de tal forma que obtengamos conocimiento (experimentación científica)».

<sup>5</sup> Karl Marx, *Manuscritos de París* (III, Propiedad privada y comunismo), trad. cast. de José María Ripalda, en *Obras de Marx y Engels (OME) 5*, Crítica/Grupo editorial Grijalbo, Barcelona, 1978 [Karl Marx, *Ökonomisch-philosophische Manuskripte aus dem Jahre 1844*, en Karl Marx & Friedrich Engels, *Werke, Ergänzungsband*, 1 Teil, *op. cit.*], p. 385/542.

tría se desarrolla, la creación de la riqueza real [...] depende más bien del nivel general del desarrollo de la ciencia y del progreso de la tecnología, o de la aplicación de esta ciencia a la producción»; las máquinas, la locomotora, el ferrocarril... «son [...] fuerza científica objetivada»<sup>6</sup>—, parece ser que después de la transición revolucionaria al socialismo, la economía y la ciencia lograrían desembarazarse de sus respectivos lastres clasistas e ideológicos, para llegar a ser a la vez plenamente sociales y plenamente científicas.

Un criterio metodológico tan simple y obvio como el que desempeña este recurso a lo material puede servirnos ya para defender que la dimensión inmediatamente práctica de la producción económica le asegura un mayor ajuste a la realidad—esto es, una dimensión objetiva mucho más acentuada— de la que tienen aquellas actividades cognitivas que se desarrollan ajenas a todo contacto y contraste con la materialidad. Así, por ejemplo, la producción intelectual que se lleva a cabo desde ciertas instituciones de eso que Marx llamó la *superestructura*<sup>7</sup> padecería este déficit de metodología; esto le impediría cualificar sus contenidos como científicos, incluso desde los criterios de racionalidad capitalistas. (Véase, si no, el debate en torno a la científicidad de las ciencias sociales, consustancial e irresoluble dentro de la sociedad burguesa). Pero esto no significa que para Marx no haya forma de probar la falsedad de las ideas que, del mismo modo que los obreros producen en las fábricas, los intelectuales de clase *producen* también desde las instituciones capitalistas. De hecho, aunque ellos no quieran someterse ni rendir cuentas ante ella, la propia objetividad los condena. Sabemos demasiado bien que *cada cierto tiempo* un acontecimiento decisivo revela todas las consecuencias de estos conceptos idealistas, de estos argumentos contruidos con absoluta falta de respeto hacia los criterios de racionalidad internos al propio modo de producción capitalista; esos momentos en que la ciencia económica capitalista aparece como *la ciencia lúgubre*—así la llamó Thomas Carlyle—, como un conjunto caótico de voces, si bien esta incapacidad de ofrecer una verdad no les impide decidir sobre todos los aspectos de la sociedad burguesa, a través de las legislaciones (determinantes para las relaciones de producción), de pro-

<sup>6</sup> Karl Marx, *Líneas Fundamentales de la crítica de la economía política (Grundrisse)* (III), trad. cast. de Javier Pérez Royo, en *OME 22, op. cit.*, pp. 90-92.

<sup>7</sup> Cfr., como ejemplo, la caracterización de la superestructura que Karl Marx ofrece en su «Prólogo de la Contribución a la crítica de la economía política», en Karl Marx & Friedrich Engels, *Obras escogidas de Marx y Engels*, versión española del Instituto de Marxismo-Leninismo adjunto al CC de PCUS, Fundamentos, Caracas & Madrid, 1975, p. 373, Tomo I. «En la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción, que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social».

gramas de educación, de religiones, etc.<sup>8</sup>. Este momento es el de las *crisis económicas*, en las que por fin se choca contra una realidad que hasta entonces había quedado encubierta por cortinas de humo, subjetivismo y palabrería. Las crisis eran precisamente el momento en que las ideas e instituciones que se usaban para hacer funcionar la producción de una *sociedad* se revelaban, todas ellas, incorrectas.

En lo sucesivo proponemos que la razón de estas crisis no cabe hallarla solamente en la a-cientificidad evidente de las ideologías de toda sociedad clasista; en concreto, defenderemos que las crisis capitalistas no vendrían determinadas solamente por el hecho de que el proceso de conocimiento que se ha emprendido en todo tipo de instituciones económicas, políticas, judiciales, religiosas, académicas, etc., nunca se guiase por los dos criterios de la racionalidad científica burguesa (y acaso moderna), aquellos que W. V. Quine definió como los dos *dogmas*<sup>9</sup> del positivismo o empirismo lógico, a saber, la *verificación experimental* y el *formalismo lógico*, y que posteriormente fueron refinados a través del racionalismo crítico de Popper, o por las aportaciones de Hanson y Kuhn, con su énfasis en la dependencia teórica de la experiencia<sup>10</sup>. Suele ser ésta la lectura más recurrente de la ex-

<sup>8</sup> Cfr. Karl Marx & Friedrich Engels, *Manifiesto del Partido Comunista* (II), *op. cit.*, p. 153. «¿Y acaso vuestra educación no está determinada asimismo por la sociedad? ¿No lo está por las condiciones sociales dentro de las cuales educáis, por la intromisión más directa o indirecta de la sociedad, mediante la escuela, etc.? Los comunistas no están inventando la influencia de la sociedad sobre la educación; solamente modifican su carácter, sustrayendo la educación a la influencia de la clase dominante».

Cfr., también, la definición que Louis Althusser aporta de la ideología en un escrito anónimo, pero tradicionalmente estudiado bajo su autoría [Attribué à Louis Althusser], Anonyme (2010) «Sur la révolution culturelle», *Décálogos*: vol. 1: Iss. 1, Article 8, p. 14: «Si nosotros, en cambio, queremos sugerir cuál es la forma concreta de existencia de lo ideológico, será mejor compararla con un “cemento” en vez de con el suelo de un edificio. Lo ideológico “cuaaja”, de hecho, por todas las piezas del edificio: por la relación que los individuos mantienen con todas sus prácticas, por todos sus objetos, por sus relaciones con la ciencia, la tecnología, las artes, por sus relaciones con la práctica económica y la práctica política, por sus relaciones “personales”, etc. Lo ideológico es aquello que en una sociedad *distingue y cimienta*, tanto distinciones técnicas como distinciones de clase».

<sup>9</sup> Cfr. W. V. Quine, «Two Dogmas of Empiricism», en Balashov, Yuri & Rosenberg, Alex (eds.), *Philosophy of Science. Contemporary Readings*, Routledge, Londres & Nueva York, 2002, p. 340: «El empirismo moderno ha estado condicionado en buena parte por dos dogmas. Uno es la creencia en una distinción fundamental entre verdades analíticas, o fundadas sobre significados independientes de las cuestiones de hechos, y verdades sintéticas, o fundadas sobre los hechos. El otro dogma es el *reduccionismo* [*reductionism*]: la creencia en que cada enunciado significativo es equivalente a algún constructo lógico sobre términos referidos a la experiencia inmediata. Argüiré que ambos dogmas son infundados».

<sup>10</sup> Cfr., como muestra, el texto de Josep Lluís Blasco Estellés, «Empirismo», en Jacobo Muñoz y Julián Velarde (eds.), *Compendio de Epistemología*, Trotta, Madrid, 2000, pp. 195-196: «Su punto de partida [el del positivismo o empirismo lógico] es que el conocimiento humano se divide en dos esferas autónomas y con fundamentos epistémicos diferentes: el mundo de la lógica y la matemática y el mundo de los conocimientos de la experiencia. El primero se compone de verdades analíticas, regidas por los principios lógicos; esta concepción obedecía a la



plicación que Marx ofrece de las crisis capitalistas, cuando se explican desde el punto de vista de la ideología; como tal, presenta la idea de que, para lograr su final, bastaría con que las instituciones lograsen para sí los mismos criterios de racionalidad científica desde los cuales sus fábricas y sus campos ya producían, y que uno también iba a encontrar en los laboratorios. Sería necesario, pues, acabar con la división entre trabajo material e intelectual<sup>11</sup>. Nosotros, sin embargo, propondremos que el marxismo incluye otros principios de racionalidad científica además de la *verificación experimental* y el *formalismo lógico*; esto es, además de los que aplica el modo de producción capitalista en el desarrollo de las ciencias naturales y en su economía. Y propondremos, de acuerdo con esto, que la desatención a este tercer criterio sería también fundamental para explicar las crisis del capitalismo, en la medida en que este criterio —como veremos— determinaría completamente el tratamiento de la *plusvalía*. En resumen, creemos que los principios racionales que se derivan de la científicidad marxista no serían exclusivamente los positivistas, ni que el modo de producción socialista (y menos aún el comunista) se guiaría exclusivamente por los principios que ordenan la actividad del físico, el biólogo o el químico en su laboratorio. Pues de lo contrario no estaríamos ni siquiera en condiciones de empezar a entender aquel apunte, algo vago, realizado por Marx al final de su redacción de la *Crítica del Programa de Gotha*, cuando alude a que en lo que respecta a las formas productivas y distributivas, la lógica matemática y cuantitativa debería ser reemplazada en la última fase del estadio socialista por el principio: «¡De cada cuál, según sus capacidades; a cada cual, según sus necesidades!»<sup>12</sup>. De forma aún más explícita se insiste en este mismo texto en que, en lo concerniente a la distribución de la *totalidad del producto social*, aquel pensamiento que se ciña exclusivamente a la lógica y al cálculo cuantitativo (esto es, que sólo piense en términos del «derecho igual», del «intercambio de equivalentes», como hacía el «Programa del Partido Obrero Alemán», que proponía cambiar «una cantidad de trabajo, bajo una forma, por otra cantidad de igual trabajo, bajo otra forma distinta»), este pen-

aceptación por parte de los empiristas lógicos de la tesis de Frege-Russell según la cual la matemática es reducible a la lógica. Así los enunciados de la matemática, como los de la lógica, son necesariamente verdaderos, a fuer de analíticos, aunque no informaban nada sobre lo que Hume llamaba “cuestiones de hecho”. La lógica es sintaxis formal, y sobre ella cabe aplicar como método la inferencia deductiva, de manera que si la inferencia es correcta, la implicación entre las premisas y la conclusión constituye una verdad analítica [...]. Por lo que respecta al conocimiento empírico, la formulación tópica del empirismo lógico viene dada en el conocido “principio de verificación” o “criterio empirista del significado”. Este principio puede formularse de la siguiente manera: “el significado de un enunciado es su método de verificación”, y se entiende por tal el proceso empírico para decidir su verdad o falsedad».

<sup>11</sup> Karl Marx y Friedrich Engels, *La ideología alemana* (I. Feuerbach, A), *op. cit.*, p. 50/44.

<sup>12</sup> Karl Marx, «Glosas marginales al Programa del Partido Obrero Alemán», *Crítica del Programa de Gotha*, Ricardo Aguilera Editor, Madrid, 1971, p. 24.

samiento seguiría reproduciendo «el derecho burgués»<sup>13</sup>. «No reconoce ninguna distinción de clase, porque aquí cada individuo no es más que un obrero como los demás»; no reconoce, pues, la desigualdad, ni la natural ni la social, cuya causa es preciso situar en la lucha de clases.

Por supuesto, por medio de estos comentarios estoy aludiendo a un término ya *maldito* en el campo del pensamiento occidental: el de *dialéctica*, que aporta una idiosincrasia específica al pensamiento de Marx, y que creo necesario rescatar como elemento interno de una racionalidad científica. A partir de la lectura que de él realizó hace tiempo Louis Althusser, esta categoría puede ser aprovechada todavía para pensar nuestro presente (entre otras cosas, su lectura desveló nuevas vías para abordar la aproximación conjunta al marxismo y psicoanálisis). A su vez, veremos que va de suyo con la teoría marxista, e incluso con sus propias tesis acerca de la extracción de *plusvalía*, el que, si bien formulado desde otras bases científicas, tanto el modelo dialéctico de estructura como el tipo de causalidad que se deriva de éste (la sobre-determinación, una causalidad cuya especificidad radica en que, entre sus efectos, se incluye también el necesario ocultamiento de sí misma) sean incluidos como principios esenciales de su racionalidad científica, complementando con ello los otros dos criterios positivistas.

2.2. En este punto, las tesis de Max Weber pueden ayudarnos a evidenciar que el modo de producción capitalista, lejos que implicar un desvío, asume en realidad el máximo grado de aplicación de los principios de verificación experimental y formalismo matemático. Estos pasan a estar presentes en todos los lugares de la sociedad, y a regular todos los ejemplos productivos. En ningún lugar es esto más obvio que en la economía, puesto que el capitalismo no puede entenderse sin la aparición del *libro de cuentas*, en el que se calcula el dinero que sale y el dinero que entra. En tal libro se realiza —en palabras de Weber— «la evaluación final que servirá de base al reparto de pérdidas y ganancias»<sup>14</sup>. Cierto es, como hemos reconocido, que aún existen en el seno de la sociedad burguesa otras ideas, otros *vectores teóricos* por así decirlo, los cuales aplican criterios de racionalidad diferentes y a veces directamente anti-científicos, en los cuales pervive la ideología más idealista y tradicional. Esta dualidad ya estaba implícita para un Weber que hizo derivar la administración capitalista del mundo (conforme a la racionalidad científica) de la ética puritana, esto es, de una racionalidad religiosa y anti-científica. El vínculo entre la *vocación* y la *ganancia* (el que la primera se expresase en la segunda) le ofreció en este sentido la hipótesis causal<sup>15</sup>. Pero inmediatamente

<sup>13</sup> Karl Marx, «Glosas marginales al Programa del Partido Obrero Alemán», *op. cit.*, p. 22.

<sup>14</sup> Max Weber, *Ensayos sobre sociología de la religión* (Introducción), *op. cit.*, p. 15/5.

<sup>15</sup> Cfr. Max Weber, *Ensayos sobre sociología de la religión* (I. La ética protestante y el espíritu del capitalismo, I, 1), *op. cit.*, pp. 42-3/36: «Si se pregunta, por ejemplo, por qué de los hombres se ha de hacer dinero, Benjamin Franklin, deísta sin matiz confesional definido, con-



te Weber añadió que, una vez el capitalismo ya se hubo instaurado, su núcleo espiritual dejó de ser necesario <sup>16</sup>, y se volvió prescindible y condenado a la desaparición. A partir de entonces, la racionalidad científica que el capitalismo habría instaurado e introducido en la economía retiraría, poco a poco, las condiciones de posibilidad de cualquier racionalidad diferente a la suya. «El destino de nuestro tiempo», según Weber, «con su racionalización e intelectualización y, sobre todo, con su *desencantamiento del mundo*, es que los valores fundamentales y más sublimes se hayan retirado de la vida pública» <sup>17</sup>. Así, «el capitalismo se identifica con el afán de *ganancias* logradas mediante una actividad capitalista racional y continuada: ganancia siempre *renovada*, “rentabilidad”» <sup>18</sup>. Para volver a una idea que ya hemos apuntado: en contra de lo que sucede con todo tipo de modos productivos que podemos caracterizar de *tradicionalistas* (en el propio sentido que Weber le da, aspirantes al equilibrio y el mantenimiento de formas de vida heredadas), el capitalismo se planteó como fin único la ganancia, la siempre creciente y renovada acumulación de capital. *Time is money*, era una de las máximas de Benjamin Franklin. Pero la cuestión clave es que lo hacía exclusivamente a través del aprovechamiento de las posibilidades que la racionalidad científica abría en el ámbito de la economía. El capitalismo obtiene ganancia a través de la ciencia, a través de la manipulación empírica de objetos y del cálculo matemático. Se entiende así que «una de las realizaciones específicas del protestantismo», dice Weber, «consiste en haber puesto la ciencia al servicio de la técnica y de la economía» <sup>19</sup>.

Tal vez valga la pena explicar en qué medida el desarrollo científico sería impulsado por la propia dinámica capitalista. Sabemos que el capitalismo implica el crecimiento y la mejora de las cotas productivas en mayor medida que el resto de modos de producción anteriores, y que lo hace precisamente porque confía en la continua mejora y avance de la técnica implicada en el proceso de producción. Esto no sólo alienta el progreso científico, sino que

testa en su autobiografía con una frase bíblica que en su juventud le había inculcado su padre, que, según dice, era un rígido calvinista: “Si ves a un hombre solícito en su profesión, debe estar antes que los reyes”. La ganancia de dinero —cuando se verifica legalmente— representa, dentro del orden económico moderno, el resultado y la expresión de la diligencia en la profesión, y esta diligencia, fácil es reconocerlo, constituye el auténtico alfa y omega de la moral de Franklin».

<sup>16</sup> Cfr. Max Weber, *Ensayos sobre sociología de la religión* (I. La ética protestante y el espíritu del capitalismo, I, 1), *op. cit.*, pp. 43/36 y 61/56: «[el orden económico capitalista] ya no requiere apoyarse en la aprobación de los poderes religiosos; y considera como un obstáculo toda influencia sobre la vida económica, tanto de las normas eclesiales, en tanto que todavía perceptible, como de las *reglamentaciones* estatales».

<sup>17</sup> Max Weber, «La ciencia como vocación», trad. cast. de Joaquín Abellán, *La ciencia como profesión. La política como profesión*, Espasa Calpe, Madrid, 1992 [*Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, J.C.B. Mohr (Paul Siebeck), Tübinga, 1982], p. 87/612.

<sup>18</sup> Max Weber, *Ensayos sobre sociología de la religión* (Introducción), *op. cit.*, p. 14/4.

<sup>19</sup> Max Weber, *Historia económica general* (§IV, §9), *op. cit.*, p. 309.

lleva al beneficio o la ganancia de una forma clara e intuitiva: al reinvertir sus beneficios en mejoras técnicas, el capitalista obtiene una disminución en sus costes de producción, lo cual le reportará ganancias en la medida en que le permitirá lanzar su producto al mercado al mismo precio (o incluso un poco más barato) que sus competidores. El beneficio, en este caso, surge como consecuencia de las discrepancias entre el *trabajo individual* de ciertas empresas y el *trabajo medio socialmente necesario*. «Ésta es una de las razones por las cuales, en toda economía basada en el intercambio (incluso en la economía capitalista), los propietarios individuales intentan introducir en la producción nuevas máquinas y mantener en secreto los progresos técnicos con el fin de que su empleo no se generalice»<sup>20</sup>. Estamos hablando, pues, del beneficio que reporta la inversión en *capital constante*<sup>21</sup>, dependiente de producir más barato que el resto. Tal es la explicación científica que el capitalismo, a su vez, ofrece de la obtención de ganancia (junto con las oscilaciones de precios que resultan de la *oferta* y de *demanda*, que al parecer juegan como un ajuste inductivo o experimental). Como vemos, en ella se ponen en juego únicamente los dos principios de la racionalidad científica con los que el capitalismo es enteramente compatible<sup>22</sup>, razón por la que Weber también la hace suya cuando define «un acto económico capitalista» como aquél «que descansa en la expectativa de una ganancia debida a la utilización de recíprocas posibilidades de intercambio»<sup>23</sup>; o bien, cuando afirma que «bajo el término capital debemos entender aquella riqueza usada para la obtención de ganancia en el comercio»<sup>24</sup>. En cada época, el capitalismo pondría al servicio de su objetivo ganancial tanto la metodología científica como el conocimiento de las ciencias exactas y naturales; emplearía la racionalidad científica para su propio fin particular, si bien éste no era (ni para Weber ni para Marx, aunque para cada uno de ellos por diferentes razones) deducible de —ni integrable en— la propia racionalidad científica que empleaba. Para obtener ganancia, el capitalismo sólo sabe producir más, mejor y más barato, algo que sólo es posible gracias a un conocimiento más ajustado de los medios técnicos y naturales comprometidos en el proceso de producción —esto es, sólo posible con la ayuda de la ciencia. Por ello Marx y Engels —este último en su carta a Starckenburg de forma especialmente clara<sup>25</sup>— estuvieron tan interesados en ha-

<sup>20</sup> *Manual de economía política del Lapidus y Ostrovitianov. U.R.S.S., 1929*, trad. cast. de Marta Harnecker y Annicke Lecorps, Siglo XXI, Madrid, 1974, p.117.

<sup>21</sup> Cfr. Karl Marx, *El capital* (Libro I-Tomo I, Sección 3, Capítulo 6), *op. cit.*, pp. 268 y ss./214 y ss.; también *El capital* (Libro I-Tomo II, Sección 4, Capítulo 13, §§1-2), *op. cit.*, pp. 79 y ss./391 y ss.

<sup>22</sup> Del mismo modo que para explicar la oferta y la ganancia se recurre a los principios antropológicos, y pseudo-científicos, del *homo-economicus*.

<sup>23</sup> Max Weber, *Ensayos sobre sociología de la religión* (Introducción), *op. cit.*, p. 14/4.

<sup>24</sup> Max Weber, *Agrarverhältnisse im Altertum*, en *Gesammelte Aufsätze zur Sozial-und-Wirtschaftsgeschichte*, J.C.B. Mohr (Paul Siebeck), Tubingia, p. 13.

<sup>25</sup> Friedrich Engels, «Engels a H. Starckenburg. Londres, 25 de enero de 1894», trad. cast.

cer explícita una conexión que Weber, por su parte, resumirá de la siguiente manera: «El capitalismo moderno ha estado enormemente determinado en su desarrollo por los avances de la *técnica*; su actual racionalidad se halla esencialmente condicionada por la *calculabilidad* de los factores técnicamente decisivos que son las bases de un cálculo exacto, es decir, por la especificidad de la ciencia occidental, en particular por las ciencias naturales exactas y racionales de base matemática y experimental»<sup>26</sup>.

### 3. *Del ejemplo de Marx a la racionalidad científica marxista*

*Nothing will come of nothing. Speak again*  
—William Shakespeare, *La tragedia del Rey Lear* (1, 1, línea 88).

3.1. Sin duda, cualquier lector atento habrá echado de menos la referencia al concepto clave para explicar la ganancia capitalista; al concepto económico marxista por excelencia: la *plusvalía*. De la misma manera, se habrá buscado (sin encontrarla) cierta referencia a las crisis. Pues el estudio científico de la plusvalía y de la crisis es lo que caracteriza a la investigación marxista. Que los hallamos pasado por alto no es casualidad, pues así lo hace Weber y, junto a él, la gran mayoría de teóricos de la economía liberal<sup>27</sup>. Se trata de un concepto que está más allá de la forma en que el propio modo de producción capitalista define la racionalidad científica. ¿Qué queremos decir con esto? En primer lugar, que, por mucho que la extracción de plusvalía sea la forma nueva y específica que trae consigo la economía capitalista (y por mucho que ésta se halle internamente vinculada a la crisis)<sup>28</sup>, aún así la plusvalía no puede ser conceptuada desde los dos principios de la ciencia positivista, ni desde la verificación experimental ni desde el cálculo matemático. Esta es la razón

---

del Instituto de Marxismo-Leninismo adjunto al CC del PCUS, en Karl Marx & Friedrich Engels, *Obras escogidas de Marx y Engels* II, Editorial Fundamento, Caracas/Madrid, 1975, p. 538: «Si es cierto que la técnica, como usted dice, depende en parte considerable del estado de la ciencia, aún más depende ésta del estado y de las necesidades de la técnica. El hecho de que la sociedad sienta una necesidad técnica, estimulará más a la ciencia que diez universidades. [...] Pero, por desgracia, en Alemania la gente se ha acostumbrado a escribir la historia de las ciencias como si éstas hubieran caído del cielo».

<sup>26</sup> Max Weber, *Ensayos sobre sociología de la religión* (Introducción), *op. cit.*, p. 19/10.

<sup>27</sup> Schumpeter por ejemplo cree que la crisis es estructural del capitalismo, y completamente necesaria al mismo y por su propia estructura competitiva-imitativa, que llevaría *per se* a una crisis especulativa.

<sup>28</sup> La ganancia que resulta de la mejora de los medios de producción, tal y como ha sido explicada, sólo se generaliza llegado el sistema capitalista, puesto que requiere de grandes sumas de inversión y de capital, con las que no siempre contaba el campesino o el artesano. Sin embargo, en sí, también es concebible en economías de mercado simples, no-capitalistas, en los que sólo participen *propietarios*, aportando mercancías que ellos mismos han producido; ellos serían entonces los que —a costa de su propia inteligencia y trabajo— elaborasen las innovaciones tecnológicas.

por la que Weber —insisto— no se hace eco de ella en su caracterización del modo de producción capitalista. Ni tampoco de la lucha de clases, por consiguiente; pues la ganancia que resulta de la plusvalía (de la inversión en fuerza de trabajo, o *capital variable*) es la única que beneficia a la clase propietaria *en su totalidad*, mientras que las otras dos formas de ganancia (derivadas, como sabemos, de la mejora técnica y de las oscilaciones de la oferta y la demanda) han de repartirse competitivamente entre todos los capitalistas. Al dejar la plusvalía fuera de su análisis, Weber se ve obligado a incurrir en toda una serie de paradojas; por ejemplo, la de tener que hacer explícito, por una parte, el *chantaje* por el que el obrero se ve forzado a trabajar en determinadas condiciones y a determinado precio, y por otra a definir este mismo esquema laboral como *trabajo libre*<sup>29</sup>, esencial al modo de producción capitalista en la medida en que sería el único cuyos costes (*salario*) pueden ser calculados de antemano (traducidos, pues, a su racionalidad matemática)<sup>30</sup>. «Un cálculo exacto —fundamento de todo lo demás— sólo es posible sobre la base del trabajo libre»<sup>31</sup>. Si bien Marx también hace uso de esta categoría (trabajo libre), sabemos que no la inscribe de forma rotunda en el desarrollo de la racionalidad. De igual manera, frente al entendimiento marxista de la lucha de clases, Weber padecerá la misma tensión conceptual cuando describa la *lucha de clases* en términos de una *lucha por los precios*<sup>32</sup>, esto es, únicamente desde una óptica cuantitativa; o bien cuando caracterice el sistema entero como un *capitalismo de paz*<sup>33</sup>. Entonces, la ceguera de la economía liberal de cara a la crisis y a la plusvalía es la misma que padece cuando mira las formas de explotación, violencia e injusticia que comporta.

Por nuestra parte y acerca del problema que nos interesa, sobre la propia letra de Marx demostraremos que, por mucho que la plusvalía exista y traiga efectos su apropiación por parte de la clase propietaria —¿qué, sino sus efectos, son las crisis capitalistas?—, ella misma no puede ser *experimentada* ni *calculada* matemáticamente. Como mucho, podrá calcularse *tendencialmente*, a medio o largo plazo, y precisamente en el contraste con los efectos que provoca o deja de provocar en la economía, al nivel del todo social o modo de producción. Según Althusser, fue este carácter no-medible ni cuantificable de la plusvalía lo que centró las críticas de economistas no

<sup>29</sup> Max Weber, *Historia económica general* (IV, §1), *op. cit.*, p. 238.

<sup>30</sup> Tal sería, según Weber, la diferencia básica entre el *trabajo libre* (*asalariado*) y el *trabajo esclavista*, sobre la que ha de fundarse, a su vez, la explicación de por qué la forma de intercambio capitalista (en el sentido weberiano) no logró prosperar en las civilizaciones antiguas. Cfr. Max Weber, *Agrarverhältnisse im Altertum*, *op. cit.*, pp. 14-15, también *Ensayos sobre sociología de la religión* (Introducción), *op. cit.*, p. 17/7.

<sup>31</sup> Max Weber, *Ensayos sobre sociología de la religión* (Introducción), *op. cit.*, p. 18/9.

<sup>32</sup> Cfr. Max Weber, «El sentido de la neutralidad valorativa de las ciencias sociológicas y económicas», en *Ensayos sobre metodología sociológica*, trad. cast. de José Luis Etxeverri, Amorrortu, Buenos Aires, 1973, p. 257.

<sup>33</sup> Max Weber, *Ensayos sobre sociología de la religión* (Introducción), *op. cit.*, p. 14/4.

marxistas<sup>34</sup>. Nosotros diremos que, en realidad, igual que sucede con el inconsciente, conocemos la plusvalía únicamente por sus síntomas —en este caso, las crisis económicas. Y en ambos ejemplos (el psicoanalítico tanto como en el marxista) tal acercamiento conlleva un manejo del tiempo diferente al de la aproximación positivista, sobre todo el consabido manejo de una *lógica temporal retroactiva*<sup>35</sup> que no por ello deja de ser científica, sino todo lo contrario. Tales son las razones, a la postre, por las que la teoría económica capitalista no se ve capaz de recoger la plusvalía; no ya porque su aproximación a la economía sea ideológica o a-científica (como lo es por ciertos postulados: la *mano invisible*, la *naturaleza humana*, etc.), sino precisamente por los límites dentro de los cuales concibe su racionalidad científica, que vuelve la plusvalía, su desarrollo y su temporalidad inasibles a su método y a los contenidos de su teoría. «La plusvalía y la definición del “valor del trabajo” en la economía clásica [...] son necesariamente *invisibles* en el campo de la teoría existente, porque no son objetos de esa teoría, porque son sus objetos prohibidos [...]. Son invisibles porque son rechazados por derecho, relegados fuera del campo de lo visible, y por eso su presencia fugitiva en el campo, cuando ocurre (en circunstancias sintomáticas muy particulares), *pasa inadvertida*, se convierte literalmente en una ausencia imperceptible, puesto que toda la función de su campo consiste en no verlos, en impedir su visión»<sup>36</sup>.

3.2. Acerquémonos, pues, al asunto de la plusvalía con algo más de detalle. Con ello lograremos componer un diagrama completo en el que apreciar el lugar que la plusvalía y las crisis ocupan dentro del análisis marxista. De-

<sup>34</sup> Louis Althusser, «El objeto de *El capital*», en Louis Althusser & Étienne Balibar, *Para leer El capital*, trad. cast. de Marta Harnecker, Siglo XXI, Madrid/Buenos Aires/México D.F., 1973 [«L'objet du “Capital”», en Louis Althusser & Étienne Balibar & Roger Establet & Pierre Macherey & Jacques Ranciere, *Lire Le Capital*, Quadrigue/PUF, Paris, 1996], p. 89/257-258.

<sup>35</sup> En el área del psicoanálisis, Jacques Lacan expone esta lógica de forma explícita en sus textos «La instancia de la letra en el psicoanálisis» y «Subversión del sujeto y la dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano»; también, de forma general en los seminarios V, VI y XVI. Destacamos la siguiente cita, en Jacques Lacan, «La subversión del sujeto y la dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano», trad. cast. de Tomás Segovia, *Escritos*, RBA, Barcelona, 2006 [«Subversion du sujet et dialectique du désir dans l'inconscient freudien», *Écrits*, Seuil, Paris, 1999], p. 805/785: «La función diacrónica de este punto de almohadillado debe encontrarse en la frase, en la medida en que no cierra su significación sino con su último término, ya que cada término está anticipado en la construcción de los otros, e inversamente sella su sentido por su efecto retroactivo». En la obra de Marx, tal vez el ejemplo más claro se encuentre en Karl Marx, *Teorías de la plusvalía 2* (David Ricardo, La acumulación del capital y la crisis, 4, c), trad. cast. de Comunicación, Alberto Corazón Editor, Madrid, 1974 [*Theorien über den Mehrwert*, en Karl Marx & Friedrich Engels, *Werke* (Karl) Dietz Verlag, Berlin, Band 26.2, Berlin/DDR], pp. 37/714-715, donde se muestran cómo la imposibilidad de realizar la venta reverbera hacia atrás a todas las instancias que toman en parte en el proceso de producción de mercancías, o en el proceso de circulación del capital.

<sup>36</sup> Louis Althusser, «De *El capital* a la filosofía de Marx», en Louis Althusser & Étienne Balibar, *Para leer El capital*, op. cit., p. 31/20.

beremos desvelar *todas* las conexiones que esta instancia guarda con el resto de conceptos, directamente o indirectamente económicos; pero, también, comprender cómo es que esto último es posible aunque la plusvalía no sea experimentable o calculable en sí misma. Sin duda, nuestra investigación habrá de partir del Libro I de *El capital*, Tomo II; concretamente de la Sección 6: «El salario», Capítulo 17: «Transformación del valor o del precio de la fuerza de trabajo en salario». Pues es allí donde Marx escribe que lo esencial del modo de producción capitalista y de su forma de *trabajo asalariado* radica en que «la relación del dinero oculta aquí el trabajo gratuito del obrero asalariado»; o lo que es lo mismo, que «aparece como trabajo retribuido hasta el plustrabajo o [trabajo] no retribuido», que «la forma del salario borra toda huella de la división de la jornada laboral en trabajo necesario y plustrabajo, en trabajo retribuido y trabajo no retribuido. Todo trabajo aparece como retribuido»<sup>37</sup>. En la misma sección, Marx no duda en inscribir esta circunstancia, o este efecto imaginario, al mecanismo gracias al cual «es bien sabido en todas las ciencias [...] que las cosas se presentan a menudo invertidas en su apariencia»<sup>38</sup>. Se trata de un dispositivo cuya causa remitimos directamente a la lucha de clases, objeto teórico mediante el cual el marxismo aportó —como veremos más adelante— su peculiar giro copernicano a las ciencias sociales.

Lo importante es que con afirmaciones como éstas Marx dejó claro que la plusvalía no sólo es invisible para los ideólogos de la sociedad, para las clases pudientes, propietarias, aquéllas que no pisan ni pisarán la fábrica donde se consume la generación y extracción de plusvalía. También es invisible para los propios obreros, para aquéllos que sí habitan la fábrica, cuyos «órganos de los sentidos se ven igualmente dañados por el aumento artificial de la temperatura, por la atmósfera cargada con desperdicios de materias primas, por el ruido ensordecedor, etcétera»<sup>39</sup>. Leamos sus palabras: «Situémonos», escribe, «en el punto de vista del obrero que por doce horas de trabajo recibe, por ejemplo, el producto de valor de seis horas de trabajo, digamos 3 chelines; para él, en realidad, su trabajo de doce horas es el medio adquisitivo de tres chelines»<sup>40</sup>. Quiere esto decir que, por mucho que estos 3 chelines correspondan únicamente a 6 de las 12 horas trabajadas, esto el obrero no puede saberlo<sup>41</sup>.

<sup>37</sup> Karl Marx, *El capital* (Libro I-Tomo II, Sección 17), *op. cit.*, p. 299/562.

<sup>38</sup> Karl Marx, *El capital* (Libro I-Tomo II, Sección 17), *op. cit.*, p. 296/559.

<sup>39</sup> Karl Marx, *El capital* (Libro I-Tomo II, Sección 4, cap. 13, §4), *op. cit.*, pp. 150/448-449.

<sup>40</sup> Karl Marx, *El capital* (Libro I-Tomo II, Sección 17), *op. cit.*, pp. 300-301/563.

<sup>41</sup> Acerca de este problema puede consultarse el intercambio de propuestas y respuestas entre John Milios & Dimitri Dimoulis y Mike Wayne, publicado en la revista *Historical Materialism*: John Milios & Dimitri Dimoulis, «Commodity Fetishism vs. Capital Fetishism: Marxist Interpretations vis-à-vis Marx's Analyses in *Capital*», en *Historical Materialism* 12, 3 (2004), pp. 3-42; Mike Wayne «Fetishism and Ideology: A Reply to Dimoulis and Milios», *Historical Materialism* 13, 3 (2005), pp. 193-218, y John Milios & Dimitri Dimoulis, «Louis



La razón por la que la plusvalía permanece oculta tanto para los patrones como para los obreros la encontramos en que, para experimentarla y aprehenderla intelectualmente, no basta con mantener un contacto empírico con los elementos materiales inscritos en el proceso de producción. A diferencia de los cargos de la superestructura, los obreros sí tienen acceso a la materialidad objetiva de la economía (también al sufrimiento corporal que este contacto conlleva), pero ni siquiera esto les permite experimentar la plusvalía. De esta circunstancia se derivan toda una serie de consecuencias, y una de ellas (quizá no la más importante, pero en todo caso una que no ha sido todavía resuelta) afecta directamente a hipotética respuesta a cuál fue el origen de la teoría marxista, esto es, a cómo explicar su novedad teórica dentro del campo de las ciencias sociales burguesas: a si nació dentro del movimiento obrero, o afuera. Otra cuestión —que es la que aquí vamos a interrogar, aunque sea parcialmente— remite en cambio a cuál es el *método expositivo* de *El capital*. Con esto nos estamos refiriendo tanto al *orden* que emplea su argumento lógico (el proceso de circulación de las mercancías no se resuelve coherentemente hasta el Libro III, que es cuando Marx expone la segunda fase de este proceso, la de cómo la acumulación de *plusvalía* se concreta en *ganancia* <sup>42</sup>), cuanto a la formulación *hipotética, condicional, subjuntiva* de la que Marx hace uso para exponer la existencia de la plusvalía. A continuación lo veremos. La aproximación seminal a la primera cuestión fue llevada a cabo por Jindrich Zeleny en *La estructura lógica de «El capital» de Marx*, escrito originariamente en 1962; recientemente, Fernández Liria y Alegre Zahonero también le han dedicado, a este punto, parte de su imponente libro, *El orden de El Capital*. Para tratar el segundo asunto, nosotros tendremos que partir de los mismos argumentos. Pues sabido es que ni los efectos ni la existencia de la plusvalía se perciben hasta que la crisis de sobre-producción se desencadena, en la segunda fase del proceso de circulación del capital. Entonces, en las situaciones críticas, el capital acumulado originariamente bajo la forma de la plusvalía no

Althusser and the Forms of Concealment of Capital Exploitation. A Rejoinder to Mike Wayne, *Historical Materialism* 14, 2 (2006), pp. 135-148.

<sup>42</sup> Cfr., por ejemplo, Karl Marx, *El capital* (Libro III-Tomo I, Sección 3, Capítulo 15, §1), *op. cit.*, pp. 321-2/254: «Tan pronto como se ha objetivado en las mercancías la cantidad de plustrabajo que puede expresarse, se ha producido la plusvalía. Mas, con esta producción de la plusvalía, sólo ha terminado el primer acto del proceso capitalista de producción, el proceso directo de producción. El capital ha absorbido una cantidad mayor o menor de trabajo no retribuido. Con el desarrollo del proceso que se expresa en la baja de la cuota de ganancia, aumenta en proporciones enormes la masa de plusvalía así producida. Luego viene el segundo acto del proceso. Hay que vender toda la masa de mercancías, el producto total, tanto la parte que repone el capital constante y el variable como la que representa la plusvalía. Si no ocurre así o sólo se vende en parte o por precios inferiores a los de la producción, el obrero será explotado, ciertamente, pero su explotación no se realiza como tal para el capitalista (no va unida a la realización, o sólo va unida a la realización parcial de la plusvalía exprimida) si va unida a la pérdida parcial o total de su capital. Las condiciones de la explotación directa y de su realización no son idénticas. No sólo difieren en el tiempo y el lugar, sino también conceptualmente».

logra transformarse en ganancia para el capitalista, esto es, no logra concretarse en dinero o capital dinerario. Marx indica que es precisamente en la crisis capitalista cuando se revela la «imposibilidad [del capitalista] de vender lo producido, como no sea por debajo del precio de producción o con una pérdida positiva»<sup>43</sup>. Se explica así el carácter sobre-productivo de las crisis capitalistas. Pero lo que cabe subrayar en este contexto es el papel que en él tiene la plusvalía, pues es debido al desfase existente entre el valor que produjo la clase trabajadora en su conjunto y el valor que recibió por ello en la forma de salarios (desfase que aparece, también, en la diferencia entre el valor de uso que posee la mercancía y su precio o valor de cambio) como inevitablemente se llegó a un momento en el que la clase trabajadora (mayoritaria, evidentemente) no contó con el poder adquisitivo suficiente para comprar aquellas mercancías que ella misma produjo. Todo ello lo resume Michael Heinrich, en un libro reciente, de la siguiente manera: «Se denomina crisis económica a las perturbaciones severas de la reproducción económica de una sociedad. En una economía capitalista, esto significa que una gran parte de las mercancías producidas ya no se pueden vender: no porque no haya demanda de los productos correspondientes, sino porque no existe una demanda solvente. El capital mercantil ya no se puede transformar íntegramente en capital dinerario, de modo que el capital adelantado se valoriza cada vez peor y la acumulación disminuye. Con ello se reduce la demanda de elementos de capital productivo, de medios de producción y de fuerzas de trabajo por parte de las empresas capitalistas. La consecuencia de ello es el desempleo masivo y la disminución del consumo de la clase trabajadora, lo que hace que disminuya aún más la demanda y se agudice la crisis»<sup>44</sup>.

3.3. Pues bien, se comprenderá así que Marx, atendiendo a este mismo proceso, no pueda hablar de la *plusvalía* sino de manera hipotética: «Imaginemos, por ejemplo, que...», «Suponiendo que...», «Si... entonces...», «Partimos de supuesto de que...», «Sea que...». Fórmulas condicionales como éstas, todas ellas subjuntivas, todas ellas hipotéticas, preceden sus referencias al cálculo de la plusvalía. Como es obvio, ninguna de ellas introduce *hechos*, solamente *conjeturas*. (En realidad, veremos que se trata siempre de la misma.) Pero lo relevante es que, a pesar de que tales ejemplos no constituyan *hechos* o *pruebas empíricas* al modo positivista, sin embargo presentan una evidencia que merece ser atendida por la racionalidad científica. Nos detendremos en el contenido y en la forma de los ejemplos a los que Marx siempre recurre, para demostrar que (aunque sea *a posteriori*) nunca los elige al azar, que en ellos nada falta ni sobra, y cada palabra enlaza de forma sistemática con el resto de la teoría marxista.

<sup>43</sup> Karl Marx, *Teorías de la plusvalía 2* (David Ricardo, La acumulación del capital y la crisis, 4, c), *op. cit.*, p. 33/710.

<sup>44</sup> Michael Heinrich, *Crítica de la economía política. Una introducción a El Capital de Marx* (IX), trad. cast. César Ruiz Sanjuán, Escolar y Mayo Editores, Madrid, 2008, p. 173.

«Supongamos que en [la] masa de mercancías indispensables para cubrir las necesidades medias de cada día se contienen 6 *horas de trabajo social*»<sup>45</sup>: tal es la hipótesis de partida que Marx logra encarnar en cada uno de los casos concretos a los que recurre para explicar el cálculo y la producción de la plusvalía, bien sea apelando a la fabricación de *hilo* (como sucede a lo largo del Libro I, Sección 2, Capítulo 5, §2 de *El capital*), bien a lo que un arrendatario produciría en un día, como explica en el breve escrito *Trabajo asalariado y capital*. Tal es el ejemplo que siempre utiliza, y no creemos que sea casual. Que «en [la] masa de mercancías indispensables para cubrir las necesidades medias de cada día», como hemos dicho, «se contengan 6 *horas de trabajo social*» no es un postulado indiferente o contingente a la teoría marxista, sobre todo cuando se trata de distinguir entre trabajo socialmente necesario (esas 6 horas) y trabajo excedente, superfluo o prolongado (*surplus labour*: todo el tiempo adicional que se suma a las 6 horas). Como tampoco el número 6 es casual, pues ninguno otro serviría igual para explicar que la parte de la jornada «en que el obrero rebasa los límites del trabajo necesario [...] le cuesta gasto de fuerza de trabajo, pero *no* crea valor para él. Crea *plusvalía*, que sonríe al capitalista con todo el atractivo de una creación salida de la nada»<sup>46</sup>. En realidad, no estamos ante un ejemplo tanto como ante un *presupuesto* general de la teoría marxista, ante una presuposición de la que parte su análisis crítico del modo de producción capitalista, y a la que no quiere ni puede renunciar. A la postre, como sucede en un *sudoku* de hoy en día, muchos son los cálculos, las razones o las inercias que se dan cita en el número 6 que ocupa esta casilla; su formulación está, por así decirlo, *sobre-determinada* en la medida en que se relaciona con muchas demandas teóricas y prácticas a su vez. Y sin embargo, independientemente de las múltiples funciones que ella condensa, lo más interesante de tal ejemplo tal vez resida en que aquello que formula es indemostrable desde los dos postulados propios de la racionalidad científica capitalista. Se trata de algo en lo que no debemos dejar de insistir. Esto no quiere decir que la existencia de la plusvalía sea indemostrable, ni mucho menos; nada más fácil de probar, en realidad. Basta con aproximarse al libro de cuentas de cualquier empresa para encontrar la mejor prueba de ello (o, en su defecto, leer el ejemplo aportado en la Sección 3, Capítulo 5, §2 del Libro I de *El capital*). Durante el proceso de producción de mercancías se produce un valor extra del que el capitalista no quiere dar cuenta ante el obrero, por mucho que sólo este último pueda ser responsable de él. Sin la plusvalía, resulta difícil explicar que el capitalista obtenga ganancia al final del proceso de circulación de la mercancía.

En otras palabras: lo que verdaderamente resulta indemostrable del ejemplo de Marx no es la plusvalía, sino la hipótesis de que «para alimentar y

<sup>45</sup> Karl Marx, *El capital* (Libro I-Tomo I, Sección 2, Capítulo 4, §3), *op. cit.*, p. 232/186.

<sup>46</sup> Karl Marx, *El capital* (Libro I-Tomo I, Sección 3, Capítulo 7, §1), *op. cit.*, p. 291/231.

mantener en pie la fuerza de trabajo durante veinticuatro horas haga falta *media jornada de trabajo*»<sup>47</sup>, esto es, 6 horas —o 7 u 8 ó 9 horas (en este punto, lo mismo da). *Lo que no puede probarse es que una jornada laboral de 6 horas retire el espacio a toda generación de plusvalía*. Su hipótesis es matemáticamente indemostrable, e indemostrable a su vez desde la experimentación empírica. Y así se concluirá a poco que se entienda lo que implica tal ejemplo, cosa que sólo es posible cuando atamos todos los cabos que Marx presenta en estas primeras secciones de su obra primordial. Sobre todo, debemos tener dos tesis en cuenta; la primera es que el *tiempo de trabajo* figura como la verdadera sustancia del valor de uso (subyace a todos los objetos, independientemente de sus características concretas y cualitativamente diferentes), convirtiéndose por lo tanto en la magnitud común que las vuelve comparables. «Únicamente la cantidad de trabajo socialmente necesario o el tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de un valor de uso es lo que determina la magnitud de valor»<sup>48</sup>. O bien: «Podemos finalmente reducir todos los gastos que se necesitan para la producción de todos los materiales, a gastos de trabajo»<sup>49</sup>. De acuerdo con esta primera, la segunda tesis dice que todas las formas de trabajo productoras de mercancías podrían remitirse al *quantum* o unidad sencilla de valor que ofrece el tiempo de trabajo (sean formas *simples* o *complejas, cualificadas* o *poco cualificadas*, de perfil *material* o *intelectual*, dentro de la agricultura, la industria, el sector servicios, e independientemente de las condiciones de producción en las que podrían llevarse a cabo, pues todas ellas podrían reducirse, también, a una *media social*)<sup>50</sup>. Como se lee en el manual soviético de economía que Marta Harnecker trató de hacer popular, «los trabajos de los distintos oficios, los trabajos de los productores de diferentes valores de uso, sólo se pueden comparar entre ellos porque tienen, desde el punto de vista de la economía basada en el intercambio, algo en común; todas las variedades de trabajo pueden reducirse a un trabajo general, a un gasto de energía humana, independientemente de la forma que este gasto de energía tome en distintos casos»<sup>51</sup>. Y en este momento se vuelve evidente que lo que el hipotético ejemplo marxiano quiere decir es que

<sup>47</sup> Karl Marx, *El capital* (Libro I-Tomo I, Sección 3, Capítulo 5, §2), *op. cit.*, p. 261/208.

<sup>48</sup> Cfr. Karl Marx, *El capital* (Libro I-Tomo I, Sección 1, Capítulo 1, §1), *op. cit.*, pp. 60-61/54; también, en la misma página: «la cantidad de trabajo se mide por su duración, y el tiempo de trabajo tiene a su vez su medida en determinadas porciones de tiempo, como horas, días, etc.».

<sup>49</sup> *Manual de economía política de Lapidus y Ostrovitianov, op. cit.*, p. 107.

<sup>50</sup> Karl Marx, *El capital* (Libro I-Tomo I, Sección 1.ª, Capítulo 1, §2), *op. cit.*, p. 67/59: «El trabajo más complejo no es más que trabajo simple *potenciado* o más bien *multiplicado*, de suerte que una cantidad menor de trabajo complejo equivale a otra mayor de trabajo simple. [...] Cabe que una mercancía sea producto del trabajo más complejo, pero su *valor* la equipara al producto del trabajo simple y, por eso, no representa más que una cantidad determinada de trabajo simple».

<sup>51</sup> *Manual de economía política de Lapidus y Ostrovitianov, op. cit.*, p. 111.

esas 6 horas de trabajo equivaldrían, exactamente, al tiempo que la sociedad en su conjunto habría empleado para producir los objetos cuyas propiedades (cuyo valor de uso) el trabajador consume en 24 horas, o en un día. En otras palabras, que «los medios de subsistencia necesarios para la producción de la fuerza de trabajo cuestan media jornada laboral»<sup>52</sup>.

Tratemos de explicarlo. Si la magnitud «valor de uso» puede y debe traducirse a la del tiempo de trabajo empleado en la producción del objeto que encarna ese valor de uso, en tal caso el tiempo durante el cual un objeto (en condiciones de uso normales, apunta Marx) mantiene sus propiedades útiles equivaldría, también necesariamente, al tiempo de trabajo conjunto que la sociedad empleó para producirlo. A ambos lados de la ecuación debe aparecer, pues, el mismo *valor*, ora como *tiempo social de trabajo*, ora como *valor de uso*, y esto indistintamente de las diferentes actividades y ramas industriales que en ambas facetas se viesen envueltas (tanto en su consumo como en su producción, respectivamente). El valor de uso así entendido sí se puede calcular; de hecho, toda empresa lo computa: cualquier artículo tiene una *media de vida* concreta, tasada en horas de uso en condiciones normales. Y lo mismo podemos decir del trabajador como mercancía, y del valor de uso que aporta: la *fuerza de trabajo*. A lo largo de una vida laboral, nadie aporta un solo *quantum* de tiempo de trabajo más que el equivalente a aquél que se empleó en la producción del valor de uso que haya debido consumir para mantenerse con vida. En este sentido, nada se pierde ni se gana: «*Nothing will come of Nothing*», como afirmaba el rey Lear. En el caso del trabajador, la muerte es precisamente la necesidad de esa equivalencia, pues significa el punto y final que cierra el balance de ese libro de cuentas, igual que lo son —en el contexto económico— las crisis capitalistas.

Es en este marco en el que Marx plantea la hipótesis a la que estamos haciendo referencia, a saber, la de que a un trabajador le bastaría una jornada laboral de 6 horas para restituir el conjunto del valor de uso que a diario consume para el mantenimiento de unas condiciones normales de vida. Por supuesto, según lo dicho, con ello restituiría también a la sociedad el conjunto del tiempo de trabajo que ésta empleó en producir ese montante de valor de uso. A su vez, aparece como corolario el que, de sumarse las distintas facciones de tiempo que las diferentes ramas de la producción social emplean para asegurar esta supervivencia diaria, se obtendría un equivalente total de 6 horas de trabajo abstracto. Si sumásemos, pues, el valor de uso que tienen los alimentos que un trabajador ingiere cada día, junto a la fracción de valor de uso correspondiente a su ropa, casa, coche, instalaciones públicas, etc., que gasta en una jornada (número de horas de uso *normal* que contienen cada uno de los diferentes objetos ÷ número de días que duran), todo ese montante de valor de uso diario sería el que el trabajador devolvería al agricultor, a los al-

---

<sup>52</sup> Karl Marx, *El capital* (Libro I-Tomo I, Sección 3, Capítulo 5, §2), *op. cit.*, p. 261/208.

bañiles, a los mecánicos, técnicos, trabajadores textiles, electricistas, informáticos..., esto es, a toda la sociedad, con sus 6 horas de trabajo al día.

3.4. ¿Entendemos ya que este cálculo es imposible? ¿Comprendemos que es imposible medir el tiempo de trabajo que una sociedad emplea en producir un objeto, un valor de uso cualquiera? ¿Vemos ya que esta imposibilidad consiste en que no es viable realizar todas las transiciones de *cualidad* y *cantidad* que se dan entre las diferentes ramas de la producción de las que depende el funcionamiento de una sociedad, y que Marx da por supuestas? ¿Y entendemos, a su vez, que no seríamos capaces ni siquiera de desentrañar y parcelar todo el tiempo de trabajo implícito en la producción de la camiseta que un trabajador usa un número de días? Pues para ello tendríamos que calcular el tiempo de trabajo que entraña la producción del algodón, de las demás materias primas, de la maquinaria... y también la de la fuerza de trabajo que se emplea en ella; esto incluiría el cálculo fraccionado de todo el tiempo de trabajo interno a los propios valores de uso que esos trabajadores agrícolas, textiles, industriales, etc., tendrían que consumir durante el tiempo exacto que tardaron en producir esa camiseta. Mi tesis es que Marx sabe, sin duda, que este cálculo es imposible, *y por eso expresa esta conjetura de forma hipotética*. Para realizar este cálculo se necesitaría una disección infinitesimal de la realidad implicada en el proceso social de trabajo; una radiografía tan precisa y concienzuda como la que, en el cuento de Edgar Allan Poe, «La carta robada», la policía realiza bajo las órdenes del inspector, en la búsqueda de la carta de la reina. «Examinamos los travesaños de todas las sillas de la casa», explica el inspector, «y las juntas de todos los muebles con ayuda de un poderoso microscopio [...] y luego que hubimos revisado todo el mobiliaje en la misma forma minuciosa, pasamos a la casa misma. Dividimos su superficie en compartimentos que numeramos, a fin de que no se nos escapara ninguno; luego escrutamos cada pulgada cuadrada, incluyendo las dos casas adyacentes, siempre ayudados por el microscopio»<sup>53</sup>.

En la medida en que es imposible la demostración científica del cálculo que da por supuesto el ejemplo marxiano (al menos, desde los dos principios científicos de la ciencia capitalista), también quedará en suspenso la idea de que la instauración de una jornada laboral de 6 horas evitaría la generación de plusvalía. Y esto es lo que de verdad nos interesa. Como sabemos, Marx denuncia que el trabajador no se limita a estar en la fábrica las 6 horas que supuestamente bastarían para lograr la equivalencia dentro de un modo de producción tan avanzado tecnológicamente como el capitalista. Antes al contrario, su jornada se prolonga durante otras tantas horas más, hasta llegar a las 8, 10 ó 12. «Sus costos diarios de conservación y su gasto diario», escribe Marx acerca del trabajador, «son dos magnitudes totalmente distintas. La pri-

---

<sup>53</sup> Edgar Allan Poe, «La carta robada», trad. cast. de Julio Cortázar, en Edgar Allan Poe, *Cuentos, I*, Alianza Editorial, Madrid, 2001, pp. 531-532.



mera determina su valor de cambio, la otra constituye su valor de uso. El que necesite media jornada laboral para mantenerlo vivo 24 horas, no impide en absoluto al obrero trabajar todo el día»<sup>54</sup>. Como resultado de esto, el trabajador produce más valor del que puede consumir con un salario que es únicamente la expresión de las 6 horas. De esto se derivan dos consecuencias, una más necesaria que otra. Si el trabajo superfluo es realmente excesivo, entonces ocurre que su vida entera se acorta, pues la enfermedad, el cansancio y el trastorno sobrevienen<sup>55</sup>. «La producción capitalista», escribe Marx, «prolonga el tiempo de producción del obrero durante un plazo dado acortándole la duración de su vida»<sup>56</sup>. La segunda es efectiva en cualquier caso, independientemente de la cantidad de trabajo excedente que haga, o de que acabe teniendo una vida más larga o más corta (es, por así decirlo, la consecuencia específicamente *económica*). Consiste en la generación de plusvalía. Sabemos que de ella se apropiará *después*, en el *momento de la venta* y con la forma de *capital-dinerario* o de *ganancia*, el conjunto de la clase capitalista, y que con ello se pondrá en marcha el proceso que habrá de derivar en la crisis de sobreproducción capitalista.

Ha de ser entre todas estas reflexiones como leamos la siguiente cita, así como el problema que lo dicho hasta ahora le plantea. «Si comparamos ahora el proceso de creación de valor y el proceso de valorización [de plusvalía], éste no es más que un proceso de creación de valor prolongado más allá de cierto punto. Si este último dura hasta el punto en que el valor de la fuerza de trabajo pagado por el capital es sustituido por un equivalente nuevo [pero exacto], se tiene así un proceso simple de creación de valor. Si el proceso de creación de valor se prolonga más allá de este punto, se convierte entonces en proceso de valorización [de creación de plusvalía]»<sup>57</sup>. El problema mencionado reside en que, si bien este punto exacto ha de darse en algún momento en la realidad, lo cierto es que, con un reloj en mano (y por muy exacto que sea, como minucioso era el microscopio policiaico), *no puede ser matemáticamente calculado*. (De ahí que una de las características del trabajo formalmente libre y asalariado consista en que el *salario* se fija por el capitalista de antemano.) En otras palabras, es imposible calcular en qué momento preciso del día un trabajador ha producido el equivalente exacto del valor de uso que podrá adquirir después con su salario; es imposible lograr un «proceso simple de creación de valor», o lo que es lo mismo, un proceso de producción sin plusvalía. La suposición de que un asalariado sólo necesita trabajar 6 horas al

<sup>54</sup> Cfr. Karl Marx, *El capital* (Libro I-Tomo I, Sección 3, Capítulo 5, §2), *op. cit.*, p. 261/143.

<sup>55</sup> Cfr., a este respecto, Peter Osborne, «Marx and the Philosophy of Time», *Radical Philosophy. A journal of socialist and feminist philosophy*, n.º 147, 2008, pp. 15-22, donde el autor pone en relación la filosofía de Marx y la consideración del tiempo de Heidegger.

<sup>56</sup> Karl Marx, *El capital* (Libro I-Tomo I, Sección 3, Capítulo 8, §5), *op. cit.*, p. 354/281.

<sup>57</sup> Karl Marx, *El capital* (Libro I-Tomo I, Sección 3, Capítulo 5, §2), *op. cit.*, p. 264/145.

día para producir el equivalente al valor de uso conjunto que consume en un día, no es sólo una hipótesis optimista, sino en apariencia indemostrable, al menos con la ratio científica capitalista. De ahí las siguientes palabras de Marx: «Sobre la base del modo de producción capitalista, el trabajo necesario no puede constituir más que una parte de su jornada de trabajo, o sea, que no se puede reducir nunca la jornada de trabajo a este mínimo»<sup>58</sup>.

3.5. Antes de proseguir con la perspectiva marxista, debemos darnos cuenta de que la teoría económica liberal también debe ser leída a la luz de esta imposibilidad. Pues ¿cómo reacciona ella ante la incapacidad de realizar el único cálculo que podría cuadrar la equivalencia entre valor producido y valor pagado en la forma de salario? ¿Cómo se comporta, cuál es en realidad su decisión teórica ante el hecho de que el único cálculo que podría hacer justicia es inviable experiencial y matemáticamente, pues implica sumergirse en el dominio de lo infinitesimal? La respuesta está clara; ante tal dificultad, el capitalismo se confía a la mano invisible y al azar para que, por arte de magia, produzca un subrogado de la justicia que él mismo, desde su racionalidad científica, no puede imponer ni alcanzar. Esta decisión debe entenderse como el resultado lógico de sus propios límites metodológicos y conceptuales, pero esto no impide que suponga un paso atrás, una recaída en una irracionalidad que se creía superada. Tanto más, cuanto que esta recaída podría ser evitable: *el marxismo ofrece una alternativa*, que además merece ser llamada científica. En el cuento de Poe, la carta robada no apareció hasta que Dupin la encontró (pues él sabía cómo y dónde buscarla), y así sucede en este caso con la economía, y con el lugar al que uno debería mirar para localizar aquello que escapa al cálculo numerario, positivista. Siendo un literato y su reino el de lo falso, Poe no incluyó razones convincentes que explicasen por qué Dupin pudo hallar la carta en un lugar que estaba a la vista de todos, y donde los policías seguro que ya habían rastreado de forma tan pormenorizada. Con acierto, Lacan vio en esta carta un símbolo del síntoma freudiano, y como tal un resultado de la interferencia de ese objeto ignorado por el método científico positivista de su época: el inconsciente<sup>59</sup>. Con ello nos dio, a su vez, la razón teórica de esa ceguera o de esa invisibilidad, pues el exceso que movía la carta de un lado a otro no provenía del azar, ni de la *mano invisible*, ni tomaba parte en él una causalidad ontológica que expresara —a la Heidegger— la intervención no mediada del ser. Se trataba, sencillamente, de la determinación del inconsciente. Aunque diferentes y más complejas, el inconsciente también tenía leyes y reglas concretas, a partir de las cuales se podía elaborar un argumento causal. Y lo mismo debemos hacer ahora para comprender de dónde extrae Marx la razón de su conjetura; esto es, a dónde mira exactamente

---

<sup>58</sup> Karl Marx, *El capital* (Libro I-Tomo I, Sección 3, Capítulo 8, §1), *op. cit.*, p. 310/346.

<sup>59</sup> Jacques Lacan, «El seminario sobre “La carta robada”», *Escritos*, *op. cit.*, pp. 5-58/11-61.

para sugerir que «los medios de vida necesarios para producir la fuerza de trabajo durante un día costaban media jornada de trabajo», y por lo tanto, que esta jornada laboral vedaría toda generación de plusvalía. No siendo calculable *a priori* ni experimentable en sí misma, lo sería solamente *a posteriori* y además bajo otra forma: la del capital que necesariamente se destruiría con las crisis de sobreproducción capitalistas. Esto es, Marx justificaba la reducción de la jornada laboral escuchando lo que la crisis decía. «¿Cómo se allanaría de nuevo este conflicto y se restablecerían de nuevo las condiciones correspondientes al movimiento “sano” de la producción capitalista?». «El modo de la compensación va implícito ya en el mero enunciado del conflicto que se trata de allanar», respondía. «Implica la ociosidad e incluso la destrucción parcial de capital por el importe de todo el capital adicional  $\Delta C$  o de una parte de él»<sup>60</sup>. Esto es: la crisis regulaba nuevamente el equilibrio entre el salario de los trabajadores y los precios de las mercancías, entre el valor de uso producido y el valor recibido a cambio. La plusvalía generada por cada trabajador durante la fase de la producción sería calculable después en las crisis, en el modo de producción en su conjunto, como la desvalorización generalizada de todos los medios de producción y de las mercancías. Marx veía cómo la mitad del capital se destruía en las crisis capitalistas, que el paro alcanzaba entonces altísimas cifras, que los obreros eran despedidos y se sumaban al lumpenproletariado generado en los tiempos bonanza; y entendía, a su vez, que toda esta fracción que de pronto se volvía improductiva demandaba, precisamente, la reducción de la jornada laboral a la mitad. Marx, como Epimeteo, unió dos hechos separados en el tiempo, y por ello diferentes, en un argumento causal. Pues las horas de más que cada trabajador había llevado a cabo individualmente revelaban, en las crisis, sus efectos en el plano de las clases y de su confrontación específica; la jornada excesiva de cada trabajador mostraba entonces su dimensión social, desde la óptica de la lucha de clases específicamente marxista. Del mismo modo, las horas de trabajo excedente (esto es, el tiempo durante el cual el trabajador produjo valor no-remunerado sin poder ser de ello consciente) se experimentaban en las crisis como pobreza y sufrimiento. El argumento causal se muestra solamente uniendo dos objetos teóricos o dos niveles diferentes: del proceso de producción individual, incalculable, pasamos a través de la sobre-determinación y la estructura dialéctica a las crisis del modo de producción capitalista, y al sufrimiento de la clase obrera.

Todo ello significa que las crisis aportaban la evidencia de aquello que el Libro I de *El capital* necesariamente debía formular de manera hipotética y conjetural. En cambio, al describir los efectos de las crisis (lo cual sucede sobre todo en el Libro III y en *Teorías de la plusvalía*, llamada a veces el Li-

<sup>60</sup> Karl Marx, *El capital* (Libro III-Tomo I, Sección 3, Capítulo 15, §3), *op. cit.*, pp. 333-4/263-4.

bro IV de *El capital*), Marx ya narra los hechos en tiempo presente y sin conjeturas; entonces «una parte de las mercancías que se encuentran en el mercado sólo puede ejecutar su proceso de circulación y reproducción por medio de una contracción enorme de sus precios, esto es, mediante la desvalorización del capital que representan»<sup>61</sup>. La necesidad es la que habla en esos momentos, y confirma de forma retroactiva la conjetura inicial, otorgándole su propia necesidad. *De estos lodos, aquellos polvos*, podríamos decir. Se prueba con ello cómo el seguimiento de las sucesivas metamorfosis por las que pasan las mercancías (el seguimiento, pues, del ciclo de producción y reproducción del capital, tal y como se explora desde el Libro I al Libro III) afecta tanto al fondo como a la forma expositiva de la obra de Marx.

#### 4. Conclusión

Esbochemos, así, una conclusión sobre cómo el marxismo mostraría el límite último de la racionalidad científica capitalista. A lo largo de este ensayo hemos intentado mostrar que, como el inconsciente psicoanalítico en relación a los síntomas, la lucha de clases es la determinación responsable de que la generación de plusvalía derive en situaciones críticas. Pues la plusvalía no es dañina en sí misma (en realidad, el socialismo la da por supuesta), y sólo tiene hacia la crisis en tanto que una sola clase se la apropia. Desde el momento en que la plusvalía no puede ser calculada *a priori*, un modo de producción sólo tiene dos opciones: producir de menos o de más. El problema es que ambas vías (si no se manejan adecuadamente) comportan un formato de crisis específica: de carestía, la primera; de sobreproducción, la segunda. Puesto que «la forma salario disimula y oscurece las relaciones entre obreros y capitalistas»<sup>62</sup>, resulta que para hacer de la plusvalía y de las crisis económicas unos objetos científicos propiamente dichos, antes se requería de un tercer criterio de racionalidad, diferente a los dos principios claves de la racionalidad científica positivista; se necesitaba —ya lo he dicho— de la formalización de un modelo de estructura dialéctica (el de la psique y el del modo de producción capitalista) y de la causalidad sobre-determinada. Así lo delatarían los efectos que la lucha de clases trae consigo; y así lo mostrarían, también, las consecuencias que la llamada *castración* desencadena en la psique humana, según la visión psicoanalítica. ¿Qué significa esto, en términos concretos? Lo entenderemos con un sencillo ejemplo: resumiendo la principal crítica que a Marx dirigen los economistas, Desai apuntó que «el error de Marx fue tratar las relaciones de valor como si fuesen observables y directa-

---

<sup>61</sup> Cfr. Karl Marx, *El capital* (Libro III-Tomo I, Sección 3, Capítulo 15, §2), *op. cit.*, pp. 334/264-5.

<sup>62</sup> *Manual de Economía política de Lapidus y Ostravitianov, U.R.S.S., 1929, op. cit.*, pp. 126-127.

mente medibles cuando no lo son»<sup>63</sup>. Esto último lo hemos demostrado en este ensayo; no así que implique un error. Pues, de todo lo dicho hasta ahora se deriva, precisamente, que la estructura dialéctica y la causalidad sobre-determinada permiten al psicoanálisis y al marxismo conocer *cómo se estructurará, cómo se organizará y qué efectos tendrá*, al nivel del desarrollo general de sus respectivos objetos de estudio, *aquello que es demasiado complejo para ser matemáticamente calculable y experimentable en sí mismo*. A saber, el *valor* y la *libido*. De hecho, las múltiples referencias de Marx y de Freud a la matematización y cálculo de los *quantums* de trabajo y libido ya darían por supuesto este cambio revolucionario al nivel de la estructura, y el cálculo causal que de ella se deriva. Es coherente, por lo tanto, que consideremos que sus principales aportaciones científicas son los descubrimientos de que la producción de valor se estructura en el contexto social de una lucha de clases, y de que la libido lo hace en una subjetividad dividida en dos instancias, lo consciente y lo inconsciente.

Soy conocedor de que analogías como éstas, realizadas entre dos teorías diferentes, son demasiado complicadas para exponerse aquí con el detalle que las haría relevantes; más aún, pueden ser causa de múltiples confusiones. Baste por ello con postular la idea esencial con la que quiero terminar este trabajo: en la medida en que le permitió ir más allá de las formas de racionalidad matemáticas e inmediatamente experienciales, el marxismo pudo dar también *un paso más*, tanto práctico como teórico, respecto a aquello que no es aprehensible por estos dos criterios, propios de la racionalidad capitalista. Con ello, a su vez, logró superar el vacío teórico, el no-intervencionismo económico y político, y el consiguiente idealismo que la racionalidad capitalista no tiene más remedio a adoptar, todavía hoy, hasta cierto punto. Pues la confianza en la intervención de manos invisibles por fuerza implica una recalitrante inactividad respecto a la realidad que es visible. Frente a este enfoque, tanto el marxismo como el psicoanálisis reivindican la máxima intervención, la máxima acumulación de medios, la máxima visibilidad para solucionar aquellos problemas cuyas causas (en ambos casos y para cada uno de sus objetos de estudio) son *espontáneamente* invisibles, aunque dejen de serlo en cuanto uno adopte la metodología adecuada. Causas que son la lucha de clases, tal y como se concreta en la producción de plusvalía en el modo de producción capitalista, y el episodio de la castración psicoanalítica, que el sujeto necesariamente reprime y olvida. A la postre, tales serían las razones para afirmar que ambas teorías suponen un avance en la racionalidad científica; además, juntas no hacen más que dar un contenido concreto y acertado a aquello que Marx apenas postuló de forma limitada en su Introducción a *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política*, a saber: «en el mé-

---

<sup>63</sup> P. Desai, *Lecciones de teoría económica marxista*, Siglo XXI, Madrid, 1977, p. 78, citado en Enrique Palazuelos, «El capital a casi siglo y medio de distancia», Akal, Madrid, 2007, p. 33.

todo teórico, también el sujeto, la sociedad, tiene que estar siempre presente como presupuesto de la representación»<sup>64</sup>. Parece evidente que la epistemología que pretenda dar cuenta de qué es aquello que entra exactamente en juego en el conocimiento científico tendrá que incluir en su estudio (si es que quiere ser racional) las variables propias de la sociedad y de la subjetividad desde las cuales tal relación de conocimiento se lleva a cabo. El segundo camino lo inauguró Freud; el primero, Marx.

---

<sup>64</sup> Karl Marx, *Einleitung [zur Kritik der Politischen Ökonomie]*, Karl Marx & Friedrich Engels, *Werke* (Karl) Dietz Verlag, Berlin (Band 13, 7), reimpression sin cambios de la primera de 1961, Berlín/RDA, p. 633.